

EDWARD GLOVER

LONDRES

El objeto de este artículo es discutir métodos de investigación psicoanalítica, y fundamentalmente promover el crecimiento de una organización internacional de investigación psicoanalítica. Los puntos de vista *aquí* expresados están *basados primeramente* en experiencia clínica personal; en segundo lugar, en experiencia adquirida como Director de Investigación del Instituto de Psicoanálisis de Londres durante un período de dieciséis años, y en tercer lugar, en reflexiones estimuladas por reciente experiencia de las actividades del Comité (de Investigación de la Asociación Internacional de Psicoanálisis).

Antes de entrar a discutir los métodos, es preciso pasar en revista las condiciones algo desacostumbradas que predominan en el campo de la investigación psicoanalítica. Especialmente dos factores exigen inmediata atención. El primero ha sido aludido de tiempo en tiempo en la literatura psicoanalítica; vale decir el hecho que, debido en parte a las condiciones en que se lleva a cabo el análisis clínico, y en parte al uso de técnicas de investigación interpretativas no sea *posible ni* emplear *plenamente* las formas de control científico habituales en la mayoría de las ciencias, ni confiar totalmente en las mismas. Es esta dificultad inevitable, pero no insuperable: se le puede hacer frente con la aplicación sostenida de aquellas verificaciones científicas que *son* apropiadas a las condiciones especiales del psicoanálisis.

El segundo factor, mucho más importante, aunque fácil de evitar, ha recibido

¹ Leído en el 17 Congreso Internacional Psicoanalítico, Amsterdam, agosto 1951. Traducido del International Journal of Psycho-Analysis. Tomo XXIII, 1952, p. 403.

muy poca atención, lo que es significativo. No puede negarse que existe una tendencia creciente a no aplicar a los datos de la observación o a los métodos de interpretación, los controles científicos de que *se dispone*. De ello resulta que mucho de lo considerado como teoría probada no es más *que especulación*, de plausibilidad ampliamente variable.

Daré un sencillo ejemplo de este estado de cosas. Un analista de, digamos, prestigio establecido y reconocida antigüedad, publica un artículo proponiendo un nuevo punto de vista o un pretendido descubrimiento en el *campo* teórico o clínico. Un poco de entusiasmo y persuasión, o solamente un simple tono dogmático por parte del autor bastarán probablemente para que, sin ninguna comprobación, este punto de vista o pretendido descubrimiento adquiera carta de ciudadanía, y sea citado repetidas *veces hasta alcanzar el estado* de una conclusión generalmente aceptada. Algunos pocos observadores, estimulados por la nueva idea, podrán ponerla a prueba en su práctica clínica. Si llegan a corroborarla, harán seguramente un informe al respecto; pero en el caso contrario, o si se sienten inclinados a rechazarla, es muy poco probable que expresen esta “negativa” científica, por lo menos en público; y así, por falta de un examen efectivo, este punto de vista llega finalmente a ser canonizado con la frase concluyente “como lo demostró Fulano de Tal”. En otras *palabras*, un *ipse dixit* adquiere la validez de una conclusión verificada solamente por la evidencia de la voz común.

Si suponemos ahora que el autor es también analista didáctico, y debe admitirse que la mayoría de los analistas de mediano prestigio y antigüedad son probablemente didactas, se acelera el proceso de *adquisición* de valores no verificados.

Sea cual sea el ideal del análisis didáctico, es indiscutible que el margen de error científico introducido por factores de transferencia y contra-transferencia,

es sumamente amplio. Difícilmente puede esperarse de un estudiante que ha pasado algunos *años* en *las* condiciones artificiales y a veces de internado de un análisis didáctico, y cuya carrera depende de vencer la “resistencia” en forma de satisfacer al analista didacta, que esté en posición favorable para defender su integridad científica en Contra de las teorías y práctica de su analista. Y *cuanto* más permanezca en análisis didáctico, tanto menos posible le será. Porque, de acuerdo *con* su analista, las objeciones del candidato a las interpretaciones se consideran “resistencias”. En resumen, existe en la enseñanza, una tendencia inherente a perpetuar el error. Tal estado de cosas da por la aplicación de salvaguardias especiales.

A estas dos consideraciones podemos añadir otra: que por ideal que haya sido su instrucción analítica, los analistas tienden a expresar opiniones que reflejan, aunque en forma distante, sus *propias* preferencias instintivas, sus formas personales de pensamiento, sus reacciones emocionales características, sus *conflictos* y sus *recursos patológicos* o *mecanismos predilectos*.

Los efectos adicionados de estos tres factores son fáciles de observar en los procedimientos científicos de aquellas Ramas de la Asociación Psicoanalítica que pude observar directamente. Tres observaciones alcanzan para fundamentar lo que antecede; primero, que la discusión tiene una forma totalmente estereotipada, pues cada colaborador reacciona ante cada uno de los temas en discusión con opiniones que fácilmente se podían conjeturar de antemano; segundo, que en la mayoría de los casos las opiniones expresadas tienen una indudable semejanza con las del analista didacta del colaborador; y tercero, que tanto la investigación individual como en equipo, sobre cualquier tema dado, no es solamente muy difícil de organizar, sino que, una vez organizada, lleva regularmente sólo al descubrimiento de diferencias individuales que ya eran aparentes antes de empezar la investigación y que permanecen después de terminada la misma.

Menos fácil de demostrar de modo concluyente, pero a su modo más significativo que las fuentes de error ya mencionadas, es el hecho que, con el

desarrollo de “escuelas” de análisis, y el consecuente incremento del número de puntos de divergencia, no existe un sistema seguro para prevenir el rozamiento de teorías establecidas. Los grupos psicoanalíticos son muy susceptibles a la moda, canalizada, sin duda, a través de una jerarquía de transferencias y contra transferencias. Nadie que haya seguido las discusiones analíticas durante un período de veinticinco años por ejemplo, puede haber dejado de observar la influencia que tienen sobre la teoría y el tratamiento psicoanalítico, los slogans del momento, y cómo esos slogans (“inaccesibilidad narcisística”, “sadismo”, “homosexualidad inconsciente”, “analizando la negativa”, “proyección e introyección”, “objetos internos”, “órganos buenos y malos”, “reacciones esquizoides”, “la transferencia y nada más que la transferencia”) adquieren un prestigio que intimida al analista medio y lo lleva a vacilar en su afirmación de conceptos más fundamentales. Es casi obvio citar como ejemplo la actual posición precaria de la teoría de Edipo en el moderno psicoanálisis, o el significativo descenso del mecanismo de represión de Su posición como primer mecanismo de defensa.

Se me puede replicar que no es justo esperar que analistas seleccionados originalmente por condiciones de *aptitud para la práctica del análisis*, condiciones, por otra parte, que no sólo varían en cada rama, sino que son en todos los casos algo arbitrarias y casuales, produzcan algo más que una pequeña proporción de *investigadores*. Esto es innegable. Sin embargo persiste la convicción general en círculos psicoanalíticos, legado de aquellos días en que la mayoría de los estudiantes de psicoanálisis eran investigadores naturales, que quienquiera esté calificado para practicar análisis terapéutico lo está también para realizar investigación. Los tiempos han cambiado. De hecho, pocas veces se eligen candidatos por sus condiciones para el trabajo de investigación; y aún, aquellos *que tienen un don para la investigación*, se ven impedidos por una absorbente práctica psicoanalítica. Hoy día, la proporción de investigadores competentes en psicoanálisis es muy inferior, no superior, a la que se encuentra

en las ciencias naturales, número que en todo caso es bajo. Pero ninguno de estos hechos constituye un atenuante de la falta de investigación organizada; más bien es una indicación de que la disciplina de la investigación debe ser instituida y organizada sobre una base más estricta y más comprensiva que en las demás ciencias, y que debe hacerse una distinción calificativa entre el analista práctico y el investigador. Actualmente está librado a la predilección personal del analista el interesarse en actividades de investigación, con el resultado que no hay discriminación entre investigación controlada y opinión individual.

Más adelante, este artículo se referirá a las razones que dificultan especialmente el desenvolvimiento de la investigación Psicoanalítica. Mientras tanto, empezaremos por cuatro suposiciones fundamentales; primero, que la investigación psicoanalítica está casi totalmente desorganizada; segundo, que las condiciones del análisis clínico y de la enseñanza analítica militan en contra de la objetividad en la investigación; tercero, que en consecuencia, una gran proporción de teorías actuales y descubrimientos clínicos no son más que especulación no verificada; y cuarto, que hasta el presente no existe un sistema por el cual la autoridad científica del investigador pueda ser diferenciada del prestigio de los viejos profesionales analistas, y de los didactas.

Pasando de los obstáculos que encuentra la investigación a los métodos actuales de investigación, el problema más apremiante y el que se presenta en primer lugar es el de la aplicación de controles científicos. Y aquí deben ser considerados dos factores íntimamente ligados entre sí. No hay ninguna razón para no aplicar los controles estadísticos ordinarios en el trabajo psicoanalítico. Esto depende en realidad de tener suficientes investigadores competentes y suficientes observaciones clínicas. Las dificultades reales son: primero, que los

datos de observación son rara vez o nunca definidos, de modo que las observaciones de un investigador no pueden ser comparadas con las de otro; y segundo, que la definición se ve dificultada por una seria falta de control de la interpretación.

Para dar un sencillo ejemplo: nadie hasta ahora, que yo sepa, ha definido el término “complejo de castración” de modo de permitir una correlación estadística, es decir no hay distinciones cualitativas exactas. Además, el psicoanálisis no ha suministrado aún medidas cuantitativas, por ejemplo, medidas de la intensidad de la estimulación psíquica que determina la persistencia o ausencia de cualquier estado mental dado. La medida cuantitativa más aproximada, la de formación de síntomas, está constantemente viciada por nuestra incapacidad para medir las fuerzas que promueven la estabilidad mental. La severidad de la formación de síntomas sólo mide el *margen* de inestabilidad. El síntoma más agudo y dramático puede requerir tan sólo un ligero reajuste del aparato mental para provocar su disolución; mientras, por otra parte, un síntoma comparativamente leve puede resultar intratable ante el análisis persistente. Pero es aún más difícil tratar de medir grados de transferencia o contra transferencia.

Aún esta falta de definiciones de casos particulares no impediría la aplicación de controles estadísticos, si hubiera por lo menos concordancia en las definiciones de conceptos básicos. Pero debo confesar que no existe tal concordancia. Por ejemplo, toda investigación concerniente a la actividad del super-yo es, en mi opinión, enteramente estéril, mientras insistamos en considerar al super-yo sólo desde el punto de vista funcional, o como una institución organizada y unificada, descuidando su desarrollo clínico a partir de ciertas fuentes tanto instintivas como yoicas.

No se trata sólo de que las medidas estadísticas ordinarias de magnitud son, por el momento, imposibles de aplicar, a causa de la falta de “entidades” psíquicas adecuadas y de una definición más precisa de la relación que entre ellas existe;

sino que, como observara Carroll hace algunos años, la aplicación de un sistema matemático “operador”, por el cual puedan ser examinadas y verificadas las propiedades como diferentes de las magnitudes, y predichas nuevas combinaciones o relaciones, está detenida por la ausencia de secuencias *definidas* de los procesos mentales; cuando cualquier símbolo matemático apropiado podría ser asignado a sucesivos miembros de los mismos, y así desarrollar un cálculo. Tampoco aquí es tarea fácil la aislación de elementos como distintos de los productos (resultados finales psíquicos) de combinaciones de elementos; no obstante, esta circunstancia no justifica la negligencia en explorar los caminos de la definición. ⁽²⁾

El segundo punto, vale decir, que en cualquier caso dado, la interpretación es parte esencial del proceso de la investigación psicoanalítica, y que sin embargo no hay hasta ahora control efectivo de conclusiones basadas en la interpretación, es el talón de Aquiles de la investigación psicoanalítica. Es claro que hasta que establezcamos esos controles, es imposible llegar a las definiciones seguras de que depende la investigación estadística exacta.

La temprana esperanza de que los criterios terapéuticos suministrarían una verificación efectiva se reconoce hoy como ilusoria, primero, porque a pesar de todas las afirmaciones dogmáticas y purísticas de lo contrario, no podemos excluir, o no hemos aún excluido, el efecto transferencial de la “sugestión a través de la interpretación”; ⁽³⁾ y segundo, porque en todo caso, no tenemos estadísticas

² En esto soy deudor de Denis Carroll quien, trabajando junto con John Carroll, el físico matemático, ha vuelto a examinar sus primeras afirmaciones sobre la representación matemática de los procesos mentales. Por razones de espacio me es imposible dar aquí más que una simple insinuación de su punto de vista. Entiendo que los detalles serán el tema de un próximo artículo de estos autores

³ Ver Glover. “The Therapeutic Effect of Inexact Interpretation” (El efecto terapéutico de la interpretación inexacta). *Int. J. Psycho-Anal.* (1931), 12.

seguras de los resultados terapéuticos.

Se puede añadir que aún en las condiciones más favorables, el proceso del psicoanálisis es sólo proceso fraccionario, y, aún más, que la afirmación científica sobre situaciones clínicas es aún más fraccionaria, y representa a lo más una “muestra” personalmente seleccionada. Uno de los notablemente raros desfavores que Freud hiciera a su propia ciencia fue cuando, con una tolerancia nacida de su propia integridad científica y de su incomparable don para la reconstrucción, aprobó la manipulación individual de “muestras”. Al escribir en 1912 sobre lo apropiado de tomar notas durante las sesiones analíticas, observó que este procedimiento podría ser justificado siempre que la intención del analista fuera hacer de cualquier caso dado el objeto de una publicación científica. Tuvo no obstante cuidado de advertir al investigador contra el peligro de cultivar la “exactitud aparente”, presentando apuntes voluminosos sobre historias de casos, que, como dijo, eran a menudo aburridas para leer y en ningún modo sustituían la experiencia real de la situación analítica. “La experiencia prueba que un lector que está dispuesto a creer a un analista, le dará crédito para el toque de revisión al que ha sometido su material. (4) No hay duda que cuando aparezca alguien de la talla y calibre de Freud en nuestro medio, se le concederá libremente este privilegio que en todo caso ejercerá con libertad. Mientras llega ese tiempo, la licencia incontrolada debe ser revocada. Aceptando que la intuición es el más precioso de todos los instrumentos de investigación, debemos sin embargo, tratar de prevenir su rebajamiento al nivel de presentimiento casual, y más aún al nivel autoritario del *ipse dixit*..

⁴ *Collected Papers*, 2. “Recommendations for Physicians on the Psycho-analytic method of treatment (Recomendaciones para Médicos sobre el Método del Tratamiento Psicoanalítico) 12.

La conclusión a extraer de esta breve visión preliminar es que aún antes de empezar a dirigir una investigación sistemática del psicoanálisis, *es esencial una fase preparatoria en la que pueda ser efectuado un proceso de uniformación y definición de términos y conceptos*. Sin esto, no puede llevarse a cabo ninguna investigación digna de ese nombre. La provisión de unidades seguras de comparación es sin duda una tarea inmensa que, con bastante personal, podría ser efectuada en no menos de diez años de cuidadosa correlación. Sería quizá más seguro concederle veinte años. Pero es una tarea esencial. Sin embargo, la definición y la clasificación solas no alcanzarían a preparar cumplidamente el terreno. Auxiliar esencial de la investigación es la organización de un sistema clínico de psicoanálisis. Todavía nos detiene el hecho de que nuestros sistemas y nuestras clasificaciones clínicas han sido extraídos en su mayoría de la psiquiatría formal. Nuevas evaluaciones psicoanalíticas tienden a deslizarse por las brechas de la psiquiatría formal: y no podemos proseguir el estudio comparativo de los estados psicopatológicos mientras no se ordene nuestra psiquiatría, en especial, mientras los grupos existentes de condiciones no clasificadas no sean reducidos a algún sistema. El caso más obvio es el de los estados psicósomáticos, cuya comprensión está innecesariamente dificultada por la ausencia de una adecuada diagnosis diferencial de las psiconeurosis, por preconceitos referentes a etapas de la función mental y formación de síntomas, y por prejuicios concernientes a la aplicabilidad de la terapia psicoanalítica. A causa de eso, la posición de las neurosis de ansiedad, neurastenias, hipocondrías y otros estados, aún dama por una definición más exacta. En todo caso, el campo de la psiquiatría psicoanalítica es inmensamente más vasto que el de la psiquiatría clásica. Los distintos desórdenes del carácter, incluyendo desórdenes de adaptación sexual y social (y. gr.: delincuencia), deben todavía ser exactamente clasificados y correlacionados con las clasificaciones psicopatológicas del tipo de los desórdenes mentales.

No es este sólo un consejo clínico de perfección. La exacta investigación

implica no sólo la definición de entidades clínicas, sino también la provisión de unidades definidas de comparación estadística. No es sólo en la literatura de la psiquiatría clásica en que a uno le llama la atención la ausencia de tipos de diagnósticos bien definidos. La literatura psicoanalítica es casi igualmente deficiente en este respecto. Hasta en el relativamente sencillo asunto de clasificar desórdenes neuróticos, no hay consenso de opinión satisfactorio. No hay dos observadores que sigan los mismos sistemas diagnósticos o diferenciales. Por lo cual, los informes psicoanalíticos existentes son inútiles para cualquier avalúo terapéutico exacto; y lo que es aún más importante, no presentan ninguna información estadística que pueda ser ‘explotada por el investigador. (5)

Incluso la tarea aparentemente sencilla de coleccionar datos clínicos y metodológicos, no deja de tener sus peculiares dificultades. De acuerdo con mi experiencia, nada es más difícil que conseguir que los psicoanalistas declaren su punto de vista clínico sobre cualquier tema fuera de su interés personal inmediato, o, por decirlo así, digan cómo aplican y controlan realmente su técnica.

En repetidas ocasiones, adopté el método de cuestionario para ese fin: los resultados fueron generalmente escasos, y, de no ser sometidos a una segunda interpretación, de poco valor informativo. En ocasión muy reciente, tuve oportunidad de comprobar el valor medio aproximado de este método. Se envió un cuestionario circular a miembros de la Asociación Internacional Psicoanalítica pidiéndoles informaran sobre aquellas de sus contribuciones que, en los últimos doce años, aparecieran como abriendo campos *nuevos* en el psicoanálisis. Los fines de este cuestionario eran tres: primero, recoger datos, de haberlos; segundo, advertir ampliamente sobre la necesidad de la investigación; y, tercero, tantear y

⁵ No puedo pensar en experiencia más descorazonadora y agravante que el examen de informes clínicos que son inútiles para todo lo que no sea los fines más elementales de la investigación. En el artículo arriba mencionado, Freud sugería que una espuria exactitud era característica de muchos informes psiquiátricos “modernos”. Debe admitirse sin embargo, que por alguna razón los informes psicoanalíticos siguen de cerca a esas mas escolásticas producciones

medir la tendencia general hacia la investigación. Con este último objeto, se había insistido enfáticamente en la necesidad de informar sobre “nuevas” observaciones. Yo preveía que, aunque en principio la respuesta real en condiciones favorables podría ser hasta un 75 %, la respuesta *efectiva* no excedería de un 5%.

De hecho, mis dos previsiones resultaron correctas. Excluyendo fuentes especiales de error, se demostró que, sobre todo en pequeños grupos, se pudo obtener una relación satisfactoria y representativa; sin embargo, cuando se trató de apreciar el valor en cuanto a investigación del material, la proporción de contribuciones efectivas no sobrepasó mucho del 5 %. Quizá sea esta una medida excesiva del ímpetu espontáneo hacia la investigación, pero, en todo caso, es todo lo que puede esperarse de cualquier grupo profesional. Fue sin embargo, particularmente interesante la duda o indagación que resultó en muchos casos de la inserción del término calificativo “nuevo”, y hubo colaboradores que mantuvieron que no le era posible a ningún investigador decir si sus propias contribuciones eran o no nuevas; un ejemplo más de que el trabajo preliminar de definición y clasificación es un requisito previo a una investigación efectiva. A pesar de que el método de cuestionario es insatisfactorio en muchos aspectos, debería sin embargo ser aplicado de tiempo en tiempo aunque no fuera más que por su valor como estímulo. A lo menos, nos acerca más a los hechos que la acumulación de una cada vez más extensa pero desorganizada literatura.

Ninguno de estos trabajos preparatorios sería, sin embargo, efectivo *si* no se tratara también de controlar la validez de la interpretación. Como ya mencioné, esta precaución ha sido indebidamente *descuidada, en parte a causa*, indudablemente, de la falta de normas de trabajo o criterios de interpretación. La idea parece ser que la única salvaguardia en esta dirección es un satisfactorio aprendizaje analítico del investigador. Pero la enseñanza analítica, como ya se ha dicho también, no es garantía para la capacidad de investigación, y ciertamente

en muchos Casos ahoga esta capacidad. En realidad, los verdaderos criterios de interpretación no han sido nunca determinados satisfactoriamente, y el método de presentación de casos generalmente adoptado, especialmente el de segunda elaboración, deja la puerta abierta para el error. No es poco común la experiencia de oír leer artículos en los que la justificación de la interpretación se ve confinada a la afirmación general de que “el material del paciente mostró esto” o “aquello”. Faltando la evidencia corroborativa, todo lo que nos está permitido concluir de tal afirmación es que el analista estaba convencido de que su interpretación era apropiada o plausible, no de que fuera necesariamente correcta.

Aquí es preciso aludir también a la tendencia a descuidar las precauciones científicas ordinarias. Por grandes que sean las dificultades para verificar la interpretación, seguramente no será mucho pedir que, en el caso de teorías nuevas, el autor deba presentar evidencia convincente de que ha aplicado todos los criterios de interpretación a su alcance. Y nuevamente aparece como esencial la necesidad del trabajo preliminar de verificar cada criterio; es decir, de establecer los criterios de los criterios. Para hablar de un caso obvio, y, g., los criterios de interpretación simbólica, no ha sido realizado un trabajo satisfactorio al respecto. Hace muchos años, en una breve investigación guía sobre simbolismo de los sueños, pude, usando el cuestionario, establecer dos puntos: primero, que podían ser aplicados razonables tests de validez, y, segundo, que sólo una minoría de investigadores se tomaban el trabajo de aplicarlos. Incidentalmente, la aplicación de tests de criterios suministra un punto en el que los métodos estadísticos de psicología normal podrían ser aplicados con rapidez y fruto. Mientras tanto se progresaría si los trabajos individuales *aplicaran* sus propios tests, y, lo que es mucho más importante, *los declararan después de aplicados*. No hay evidencia de que se haga esto, a no ser por una pequeña minoría. De hecho no existe un acercamiento sistemático en la aplicación de criterios válidos.

Esto me lleva a lo que es quizá una de las deficiencias más notorias en la investigación psicoanalítica, a saber, la ausencia de una organización efectiva.

Posiblemente debido a su vida profesional de ermitaño, a su desconfianza de cualquier método que no sea el suyo propio, el psicoanalista no es un buen trabajador de equipo. Hace muchos años cuando trataba de promover un acercamiento organizado a los problemas de las psicosis, conseguí compilar, con la ayuda de algunos colegas interesados, una lista sistemática de los puntos que requerían atención inmediata. Esta lista fue enviada debidamente a los miembros de la Sociedad Británica, con ningún resultado a lo que pude observar; el hecho me convenció de que la investigación no puede ser abandonada a la buena voluntad o predilecciones de un grupo heterogéneo. No podrá negarse que un pequeño y selecto comité de trabajadores de mente investigadora podrían sentarse alrededor de una mesa con lápices y papel, y al final de tres cuartos de hora, presentar una lista respetable de problemas-clave en cualquier campo del psicoanálisis. Y hasta podrían hacer varias sugerencias referentes a la solución. Pero, de no haber suficientes trabajadores competentes y seguros, con bastante espíritu de cooperación para poner de acuerdo sus investigaciones, tal preparación sería casi totalmente trabajo perdido. Más defraudaría distribuir investigaciones en un grupo analítico heterogéneo. Porque la fuerza de un grupo de investigación es la de su eslabón más débil.

Pero, aun en los planes mejor preparados y en los equipos de investigación mejores, la cooperación de todos los miembros de los grupos psicoanalíticos es esencial para el éxito. Pienso, no tanto en que muchos miembros que trabajan fuera de un plan convenido puedan no obstante presentar conclusiones y observaciones individuales valiosas; o que puedan verificar las conclusiones de otros en su propio trabajo clínico. Su cooperación es esencial en otro aspecto también. En mi opinión, el obstáculo mayor para el progreso del psicoanálisis es la ausencia, primero, de estadísticas seguras de resultados, y, segundo, de investigaciones sobre evolución (follow-up). No quiero con esto sugerir que el criterio terapéutico es una medida segura de la validez de cualquier teoría psicoanalítica. Quiero decir que la ausencia de estadísticas sobre resultados

terapéuticos, y especialmente la ausencia de información ¿respecto a fracasos, introduce graves posibilidades de error. Mientras no conozcamos con alguna precisión las limitaciones terapéuticas exactas del psicoanálisis en diferentes grupos de desorden mental, corremos el riesgo de proveer nuevas teorías para explicar el fracaso. Y aquí Vuelven a aparecer viejos problemas: de duración y terminación, de procedimiento técnico, de la teoría y criterios de curación; y aparece especialmente el problema del dosaje del análisis reglamentado o no reglamentado. Si suponemos que un análisis debe tener éxito solamente porque el caso ha parecido ser apropiado, y, de hecho, el caso demuestra ser refractario, existe la tendencia natural a ampliar el punto de aplicación del análisis; decir, por ejemplo, que el caso necesitó un más amplio o más profundo, o más activo análisis, para terminar postulando algunos factores inconscientes no reconocidos hasta el presente. Esto, sin embargo, puede desarticular nuestros sistemas etiológicos probados, y alentar la producción de teorías que tienen poca base en los hechos clínicos, pero son necesarias para cubrir una mala selección de casos. (6)

Estos peligros podrían y deberían ser evitados por medio de una total franqueza en cuanto a los resultados. Pero poca franqueza podemos esperar mientras alimentemos la tradición de que un análisis recomendado, seguido *secundum artem* debe ser exitoso automáticamente; incidentalmente, esta

⁶ A pesar de los frecuentes y reservados comentarios hechos por Freud sobre las limitaciones terapéuticas del psicoanálisis se mantiene viva la tradición en los círculos psicoanalíticos, que el psicoanálisis puede o debe presentar una gran proporción de éxitos terapéuticos en todos los casos menos aquellos manifiestamente “inaccesibles”. Y aunque sería inconsistente criticar la ausencia de estadísticas seguras de resultados (y de informes sobre evolución) y al mismo tiempo sacar conclusiones de observaciones desparramadas e incontroladas, podría ser lo último un correctivo útil para las exageradas esperanzas, y a veces hasta exageradas reclamaciones, de profesionales demasiado entusiastas. Por haber tenido oportunidades no comunes de observar los resultados obtenidos por trabajadores en práctica clínica como privada, tengo la impresión que, excepto en las psiconeurosis clásicas y en condiciones de evaluación clínica equivalente a las de las neurosis, los resultados terapéuticos del psicoanálisis clásico no impresionan particularmente. Sobre todo hay demasiados casos en que la mejoría deja sin resolver demasiados síntomas de que al principio se quejaba el paciente.

Se admite que el promedio de los resultados obtenidos debe variar de acuerdo con el sistema de selección seguido por cada profesional. Aquellos que, por las fuerzas de las circunstancias o por elección, emprenden el análisis de casos intratables, deben contentarse con resultados pobres; por otra parte, aquellos que quieran disfrutar de la satisfacción de frecuentes éxitos terapéuticos deben resignarse a una rígida selección de casos “favorables”. Todo eso indica simplemente la necesidad de publicar estadísticas detalladas de resultados psicoanalíticos verificados por un continuado estudio de lo menos cinco años de duración. Sólo así pueden extraerse conclusiones de valor teórico de los datos terapéuticos.

tradición tanto intimidada al analista experimentado como pesa sobre la conciencia del candidato estudiante. Y es, además, una tradición que alienta el análisis interminable, y con el análisis interminable, la perspectiva clínica y la perspectiva teórica son echadas por la borda. No hay duda de que la notoria reserva del analista con respecto a sus resultados terapéuticos también ha sido alimentada por una temprana necesidad de mantener el prestigio frente a la crítica hostil de las escuelas no analíticas. Nunca fue esta reserva una reacción deseable, y en todo caso, ya no es necesaria. Es como el deseo de presentar a toda costa un frente psicoanalítico unido a la psicología no analítica: invalida la objetividad en su fuente.

En todo caso debe ser recordado el hecho histórico de que el psicoanálisis que se iniciara como un método de investigación, se convirtió más tarde en una terapia. Existe todavía una confusión considerable entre los fines de la investigación y los de la terapia. Hasta el día de hoy se realiza a menudo una alianza incongruente entre estos dos distintos fines; lo atestiguan la tendencia de muchos trabajadores de descubrir nuevamente los hechos del psicoanálisis en el curso de su trabajo terapéutico, y la de otros de modelar su terapia de acuerdo con sus preconceptos teóricos, sean éstos apropiados al caso o no. Como hemos visto, hasta la simple solución de tomar o no tomar apuntes durante una sesión despierta la confusión de fines entre investigación y tratamiento. Esta confusión debe ser resuelta definitivamente.

La influencia del prestigio o de una hipersensibilidad en las tradiciones de la enseñanza del psicoanálisis es tema que requiere minuciosa consideración, pero que no cabe en el plan de este artículo. Tengo sin embargo, la impresión que la enseñanza del psicoanálisis conserva muchas de las desventajas de la pedagogía de mediados de la era victoriana y pocas de sus ventajas. La enseñanza autoritaria dada en la boca nunca es buen sistema pedagógico, y sus deficiencias no pueden ser remediadas, como generalmente se piensa, por el análisis didáctico del candidato. Al contrario, es muy posible que con eso se hagan permanentes.

No puedo evitar el mencionar un punto que se pone a menudo de manifiesto cuando se discuten métodos de examen Y aclaración de tendencias y divergencias en el pensamiento psicoanalítico; es decir, que a los analistas jóvenes no les interesan las diferencias, sino que prefieren sumarios constructivos o identidades. Esto equivale a sostener que los jóvenes no se interesan por la proliferación de los campos de investigación. Debo confesar que aunque la edad de un investigador no me parece muy importante, me cuesta sin embargo, creer que esa actitud de solicitud paterna de parte de los maestros de análisis es la reacción apropiada frente al entusiasmo de la juventud. Puede colmar las necesidades de los que quieren seguir una tranquila profesión de psicoterapia, pero es enteramente contraria a las necesidades de los investigadores. Es cierto que se pueden establecer identidades partiendo de puntos de similitud; pero sólo pueden organizarse a través de la severa distinción de las diferencias.

Tengo plena conciencia de que en esta breve exposición no he presentado ningún argumento nuevo. La mayoría de los puntos de vista expuestos, con la posible excepción de las referencias a la enseñanza práctica y a la ausencia de estadísticas seguras de resultado o de informes de evolución, han sido de tiempo en tiempo discutidos a través del desarrollo del psicoanálisis. Tampoco traté de indicar con qué medidas prácticas inmediatas podían ser enfrentadas las dificultades peculiares ligadas a la investigación psicoanalítica. Es este un tema a tratarse por Comités de Investigación especiales que deberían formarse en cada Rama de la Asociación Internacional, y organizarse por personal de investigación pertinente. Ni siquiera señalé la necesidad de establecer Centros Bibliográficos y de Investigación por regiones apropiadamente delimitadas. Mi principal preocupación ha sido reunir algunos de los puntos que deben ser considerados en detalle por esos Comités de Sección e Investigación Regional, siempre y cuando lleguen a crearse.

Cada año se hace más urgente el problema de organizar la investigación sistematizada. Las secciones aumentan rápidamente de tamaño; el número de nuevos candidatos también se acrecienta rápidamente; las revistas se multiplican; y una literatura ya extensa amenaza con inflarse sin frenos hasta dimensiones gargantuescas. Pero no existe hasta el momento actual en ningún punto de la organización psicoanalítica un sistema adecuado de controles científicos. En ninguna parte se reconoce que los investigadores no nacen de la práctica terapéutica, sino que tienen que ser hechos, es decir, seleccionados para ese fin y adiestrados apropiadamente en disciplinas científicas; este comentario se aplica también incidentalmente a la provisión de psicoanalistas didactas. Tampoco creo que se reconozca enteramente hasta qué punto depende toda la teoría y la práctica futuras del psicoanálisis de que se haga, lo más rápidamente y más a fondo posible, un estudio completo sobre el tema, algo así como un Registro de catastro de la ciencia. No habiendo razones para suprimir o trabar ninguno de los actuales sistemas de investigación que se conforman a tipos científicos establecidos, y sí

muchas para proceder de inmediato a su más sólida organización, nos ahorraríamos muchos esfuerzos inútiles y muchas decepciones si reconociéramos que una de nuestras primeras tareas, sin la que la investigación se ve amenazada por el estancamiento y la esterilidad, es ponerse a realizar el trabajo largo y arduo de definición de términos, verificación de criterios y desarrollo de estadísticas seguras.

Traducido por MARTA NIETO GROVE

